

# El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 52.

Sevilla.—Lunes 4 de Marzo de 1901

AÑO XXV.

## Gentes de sacristía

El asunto de la señorita Ubao, que tanta alarma ha causado en la opinión liberal del país, y que ha demostrado que ni el jesuitismo tiene fuerza, ni talento, ni valor, ni travesura, más que en la impunidad, ha venido también a demostrar que todavía hay país, que aún existe opinión que pesa, y que la más alta encarnación de la justicia española tiene aún alientos para aplicar estrictamente el precepto de la ley escrita, y para elevar la autoridad paterna por encima de todas las artimañas y engaños de esos malvados, que sólo a la sombra y prevalidos de la sugestión quieren atropellar aquella sagrada institución familiar.

Ha demostrado algo más: ha demostrado cómo esas inteligencias que pasan por superiores, cómo esos prestigios forenses y esos grandes bufetes, adquiridos en fuerza de influencia y a la sombra del poder, de ese arbol del Estado que llega a todas partes con su abrumadora influencia, caen al más ligero soplo de viento y se desmoronan al primer rayo de sol, porque son de barro, de barro de la calle, que no sirve ni aun para hacer puchereros romanos. No puede culpar a nadie ese orgulloso satánico que creía haber conquistado todos los prestigios de la tierra, que se consideraba el primero entre los primeros, por haber llegado a los más altos puestos de la gobernación del Estado, y que pretendió axiomático todo cuanto de su pluma salía, y ejecutoria toda pretensión por él autorizada.

También aspira a la gloria eterna, porque persona de su cuenta, no puede confundirse con las multitudes, y dicen los que le han visto que es admirable el contraste de su orgullo ante las gentes con su arrobamiento hipócrita ante el Tribunal de la penitencia, ó bien inclinado ante el reclinatorio con el devocionario en la mano. Y no es que sea creyente es que así conviene, para disfrutar de todo lo que el misticismo, el supuesto fervoreterno y ese barniz de fingida fé, ofrece a los que comulgan en la religión del clericalismo.

La caída ha sido estrepitosa, horrible; el golpe contundente, de esos que no dejan hueso sano y que dan al traste con la más encumbrada vanidad.

No hablamos de prestigios sólidos ni bien fundada cultura, por que claro es que quien los tiene no puede cometer torpeza semejante, ni estar despierto cuando hechos tales suceden y se realizan parecidos actos. Así, de barro, son todos estos ídolos al fin y al cabo, ídolos de sacristía, prestigios de jesuita, instrumentos de clericales y sumisos oficiales y auxiliares aprovechados de las demasías de estas gentes.

No busquéis esas estrellas que aparecen radiantes de luz propia; no la tienen, no la pueden tener: no son más que pobres satélites obligados, con su cuenta y razón por supuesto, a girar alrededor de ese astro de la noche, que busca las sombras, que huye de la luz pura y diáfana, que se vale de esas luminarias de quincalla, a las que hace pasar por oro fino, hasta que un azar, algo, las presente ante el público concurso como lo que son, metales sin brillo, piedras preciosas de culo de jaso.

Hay que compadecer a estos hombres; hay que tener lástima y dejos de compasión y de caridad cristiana para estos personajes que sirven la causa del jesuitismo, que carecen de grandeza de alma, no tienen conciencia de la idea y sirven la causa del señor y dueño, que paga a manos llenas, no con dinero propio, sino con el ajeno, de los pobres incautos, de los infelices creyentes, de los verdaderos devotos, que creen de buena fé que van a ganar el cielo respondiendo a las sugerencias del jesuita y cumpliendo la penitencia de dar a sus adeptos y servidores la dirección de sus asuntos, ó encomendarles sus trabajos de cualquier género que sean.

Es preciso que el pueblo español forme verdadera conciencia de todo esto, que conozca distintamente a estos personajes, y que sepa que no sólo sirve al jesuita y al clericalismo dándoles a manos llenas donaciones de tierras y dinero, é instituyéndolos herederos para después de su muerte, sino que sirve tan directamente, tan efectivamente a la Compañía auxiliando a estas

gentes de sacristía: el contratista, el abogado, el ingeniero, el médico, el industrial, todo cuanto es indispensable en las relaciones de la vida para alimentación y vestido, para satisfacer cualesquiera necesidades, está minado por la Compañía, y obtiene beneficios del tendero, que provee vuestra casa, del ingeniero que dirige vuestras obras, del abogado que os aconseja en vuestros contenciosos ó en la reclamación de vuestros derechos. Afortunadamente se les conoce bien pronto, y conocidos deben rechazarse sus servicios por muy buenos que parezcan. Van disfrazados, pero huelen a sacristía, y ese olor insano penetra en los sentidos y se distingue de todos los demás olores por sus pútridas emanaciones. Por eso está así la atmósfera de la Patria.

Rechazad a la gente de sacristía, porque así destruireis el jesuitismo.

A. A.

## Nota del día

El Sagrado Corazón de Jesús, el marqués de Esquivel (retratado en *El Liberal* por ilustré) y las elecciones de Diputados provinciales...

Todo esto podía ser el título de la nota que quiero recoger aquí.

Ayer se celebró la Junta del Censo para nombrar los interventores que han de actuar en las elecciones del próximo domingo, y el señor marqués de Esquivel, católico del Corazón de Jesús está conmigo, en confabulación con su gente católica y no católica, se propuso darle un cate a la grey gamacista.

Para ello discurrieron lo siguiente: Las papeletas de los interventores del Corazón de Jesús, ó sea conservadores y sagastinos, aliados, serían en papel cartulina; y las de los gamacistas, como era natural, en papel corriente...

El señor marqués de Esquivel, del Corazón de Jesús, católico apostólico torero, echaba mano al saco, y con la más católica verdad... sacaba todas las papeletas de papel cartulina, ninguna de las de papel corriente.

Los gamacistas se aperciben del engaño católico de esa ilustre figura que preside la Diputación provincial (retratada en *El Liberal* como notabilidad ratísima), y escriben sus papeletas en el mismo papel...

¡Oh, Corazón de Jesús... y qué cogida le dieron a tu más fiel servidor! Comienzan a salir interventores gamacistas...

*Pepitilla*, el gracioso *Pepitilla*, se apercibe de que el Corazón de Jesús del marqués de Esquivel no sigue haciendo milagros fraudulentos, y exclama:

—Señores; ¡que nos la están dando con queso! Han hecho las papeletas lo mismo que las nuestras, y no podemos seguir burlándonos de la ley con la ayuda del Corazón de Jesús del marqués de Esquivel...

¡Y aquí fué la gorda!

Los mismos interesados en el fraude lo descubren.

¡Excuso decir a ustedes la sinceridad, la verdad, la notoriedad que van a tener las elecciones venideras!

Para vencer a un hombre solo —Pedro Rodríguez de la Borbolla— se unen la Banca, la Ganadería, la Navegación y el Corazón de Jesús está conmigo; y, sin embargo, se cogen los dedos del Corazón de Jesús, la Navegación, la Ganadería y la Banca.

¡Qué lástima que ese hombre sea gamacista!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

## Murmuraciones

A vueltas de consultas, viajes, requerimientos, gasto de papel y tinta, telegramas, telefonemas, disgustos, desasosiegos, tropas acuarteladas, cañones sobre cureñas, muerte de obispo, preces al Altísimo y *Te-Deum lau damus* para salir a buen parto de la preñez de la crisis, al fin ésta se ha resuelto a beneficio del aguador del partido Unión Conservadora: D. Raimundo Villaverde.

¡Villaverde presidente del Consejo de ministros!

«¡Cosas veredes, oh Cid, que harán hablar las piedras!»  
Y es claro que, siendo el caporal de la pandilla aguador de Real orden, excuso decir la pandilla de patateros que habrá de actuar.

Se anuncia para Estado al celebrado Marqués de Pidal, neo de tomo y lomo que no lleva al ministerio otro fin que ponerse a las órdenes del Vaticano, único Estado con el que España guarda buenas relaciones en el sentido de hacer aquí lo que desde allá se le ordene.

A Gracia y Justicia, el Sr. Marqués del Vadillo, ilustre cocheró del régimen constitucional... Y van dos marqueses.

A la Instrucción Pública marchará el Conde de Tejada de Valdozera, cuya ignorancia en los asuntos del ministerio que se le encarga es tan grande como su apellido.

Aparicio irá a Obras públicas.

—¿Aparicio?

Si, hombre, Aparicio... ¿no lo conoce usted?

Allendesalazar pasa a Gobernación, quedando en Hacienda el señor presidente, el inclito Villaverde.

Guerra y Marina quedan en su sitio.

Para lo que sirven la una y la otra, ¿a qué van a tomarse el trabajo de conocer caras nuevas?

De modo que, tras una semana de emociones, venimos a quedar como estábamos, si no peor.

El enfermo se hallaba padeciendo de *ahoguelo* y se le echa a la garganta la cataplasma Villaverde.

Queda, pues, descartado de la combinación el Sr. Silvela, por torpe, por mal hablado y por embustero.

Es claro que si Silvela no puede tomar gobierno, el partido Unión Conservadora no es tal partido, ni Silvela que lo fundó.

Aquí no hay ya más partidos que aquellos que se conforman a las exigencias de Palacio.

Y Villaverde parece que ha dado en el quid.

Está, pues, de enhorabuena el partido Unión Nacional.

¡No quería coles, y le dan la taza llena de Villaverde!

¡Señores... y ayer domingo, que andaban los liberales sevillanos tan contentos, creyéndose ya notables Gobernadores los unos, otros futuros alcaldes, Polo ministro de Hacienda, y subsecretario Sánchez, López Director seguro, y arzobispo el señor Vázquez... ¡Oh, terrible desencanto! ¡A esgrimir de nuevo el sable! —¿Está el Marqués?

—No está en casa.  
Ha salido de viaje...

El Sr. Jefe de policía de Sevilla está que echa chirivitas porque se han colocado en las anunciadoras de la ciudad unos carteles en los que *El País* de Madrid anuncia su nuevo folletín *La Fontana de Oro* de Pérez Galdós, y en donde la redacción del colega madrileño llama abyecto a Fernando VII.

El Sr. Robles—muy señor mío—se ha sentido Borbón desde la jefatura de Orden público, y amenaza y conmina a todo Dios bajo su bastón de mando para que no le falten a la familia.

Pues... mire usted, Sr. Robles: no solamente fué Fernando VII abyecto y ruin, sino que fué un redomado canalla.

Indudablemente, este melón no ha salido de este serón, porque el colega madrileño se queja de que en otras ciudades, y por algunos gobernadores, también se le ha querido prohibir la publicación de sus carteles.

La orden habrá bajado desde la sacristía mayor de Madrid... Es posible que Ugarte, en su agonía ministerial, se haya sentido Fernando VII y querido velar por el honor de la familia.

¡Pobre señor! ¡Ignora que los sucesos históricos no pueden quedar cesantes como él?

Señor Robles, no haga usted caso de esa muñizada, si, como es de creer, el Sr. Muñiz es quien se lo ha ordenado.

A cambio de todo eso que a nadie le importa, yo le voy a dar al Sr. Robles una noticia muy original, que es digna de que se ponga en claro.

Entra en el Café de Madrid un caballero con barba, no se sabe si naturales ó postizas, acompañado de varios vigilantes.

—¿Quién es el dueño de este establecimiento?—pregunta.

—El señor—le contestan señalándole a otro con barba.

—He oído decir—exclama amenazador el jefe de barbas naturales ó postizas—que en este café se juega...

—¿A... la Bolsa, ó a la tanganilla?—pregunta sorprendido el dueño.

—No, señor: ¡al monte, al monte!—dice iracundo.

—Pues lo han engañado a usted, apesar de verlo con esas barbas. Ni aquí se juega más que al billar, como en todos los cafés, ni yo, de un establecimiento acreditado, voy a hacer un garito para darle a usted gusto.

—Bueno—sigue diciendo el de las barbas y los vigilantes—pero a usted no le convendrá que yo le dé a cada momento un escándalo entrando aquí con la policía.

—Efectivamente; ni me conviene, ni estoy dispuesto tampoco a tolerarlo.

—Pues bien; si usted piensa—bajando la voz y en tono cariñoso—para los próximos festejos tener juego...

—Le he dicho a usted que no pienso en nada de eso.

—No obstante, podemos entendernos, y... si me da usted cincuenta duros.

Entérese de esto el Sr. Robles.  
Y vaya con el cuento al Sr. Muñiz, que vino a Sevilla a perseguir tres cosas:

Primera: La Higiene, la Moralidad... (Tanto de multa, y a la calle.)

Segunda: La blasfemia... (Tanto de multa, y a la calle.)

Tercera: ¡El juego, el terrible juego! (Tanto de cuota... y se hace la vista gorda.)

¡Cuidadito con decirle abyecto a Fernando VII!

Hay que decirle como yo lo digo:  
El rey Fernando VII fué un mal hombre, un mal caballero, un mal rey y un redomado granuja.

Aún no llega el telegrama dándonos la solución de lo que en Madrid se trama entre un hombre y una dama en contra de la nación.  
Que llegue tarde ó temprano, nada calienta ni enfría en el pueblo soberano, que sigue pobre y villano pagando su monarquía.

Dos párrafos de una carta que le escribe un cura al Obispo de Jaén.

El obispo de Jaén—no os olvidéis—es un señor que, durante la visita pastoral a su diócesis, va recogiendo objetos sagrados de valor y se los lleva a su palacio para quitarles el polvo y quitarlos de enmedio también.

Leamos los dos párrafos:

«Lo que no encuentro bien en esta carta, y dispénseme su paternidad esta franqueza, es el descuido de cortesía que revela la manera desdenosa con que trata a este pueblo, que, si por algo merece censura, es por no hacer distinción al conceder su generosa hospitalidad, que por igual reparte entre las personas decentes y los vividores endiosados, cosa que usted, como otras muchas personas, habrán tenido ocasión de observar en el tiempo que llevan aquí de residencia.

Mamarrachos, mozuélas é hijos sin padre, dice su reverencia que circularon por las calles de la capital el domingo de Piñata... y esto, francamente, es *faltarle a la reunión*; pues aunque no niego yo que hubiera mamarrachos, pues no faltan en ninguna parte, y lo mismo se encuentran en las modestísimas viviendas que en los palacios; ni mozuélas, pues siempre las hubo, y ahí están para no dejarme mentir las pragmáticas de los reyes de Castilla uniformando las barraganas de los clérigos; ni tal vez algunos hijos de sirvientas de cura, viudas, como yo las he tenido; lo cierto es que en la fiesta de la Carrera había muchos santos varones de los de cirio en procesión, y no pocas damas que tienen lugar preferente en las cofradías y funciones místicas, con gran contentamiento del clero y regocijo de las almas piadosas.»

Este curita me es simpático.  
Y el obispo de Jaén me parece que ha encontrado la horma de su zapato y el que habrá de ajustarle las cuentas.

El, en uso de su derecho obispal, venderá los crucifijos y las casullas, pero no podrá evitar que vayan apuntando:

Un Cristo... 200 reales.  
Casulla napolitana... 400 id.  
Etcétera, etcétera.

Y allá veremos al final.

¡Simil que hace *El País* de la situación actual!

«La noria del régimen está seca; los arcaduces, mohosos y agujereados, no sacan agua ya, extraen fango. Pues no importa; España sigue

